

Pamplona

Victor Hugo



FUNDACIÓN
Carlos Slim

Pamplona

Hugo, Víctor

Novela

Se reconocen los derechos morales de Hugo, Víctor.

Obra de dominio público.

Distribución gratuita. Prohibida su venta y distribución en medios ajenos a la Fundación Carlos Slim.

Fundación Carlos Slim

Lago Zúrich. Plaza Carso II. Piso 5. Col. Ampliación Granada

C. P. 11529, Ciudad de México. México.

contacto@pruebat.org

PAMPLONA

11 de agosto.

Estoy en Pamplona y no sabría explicaros lo que me pasa. No había visto jamás esta ciudad, y me parece que reconozco cada calle, cada casa, cada puerta. Toda la España que vi en mi infancia se me aparece aquí como el día en que vi pasar la primera carreta de bueyes. Se borran treinta años de mi vida; vuelvo a ser el niño, el chiquito francés, como me llamaban. Todo un mundo que dormía en mí se despierta, revive y hormiguea en mi memoria. Yo lo creía casi borrado, y está más resplandeciente que nunca.

Esto es, realmente, la verdadera España. Veo plazas porticadas, pavimentos de mosaicos de guijarros, balcones con toldos, casas pintadas a franjas, que me hacen palpar el corazón. Me parece que era ayer. Sí, yo entré ayer bajo esa gran puerta cochera que da a una escalerilla; el otro domingo compré, yendo de paseo con mis jóvenes camaradas del seminario de nobles, no sé qué tortas picantes (rosquillas) en esta tienda de cuyo frontón cuelgan dos pellejos de macho cabrío para poner vino; yo he jugado a la pelota a lo largo de esta pared, detrás de una iglesia vieja. Todo eso es para mí cierto, real, distinto, palpable.

Hay algunos zócalos de fachadas pintados imitando mármoles extravagantes que me enamoran. He pasado dos horas deliciosas frente a frente de un viejo postigo verde a pequeños recuadros que se abre en dos mitades, de modo que forma una ventana si se abre la mitad y un balcón si se abre por completo. Ese postigo estaba hace treinta años, sin que yo me diera cuenta de ello, en un rincón de mi pensamiento. Y he dicho: ¡Toma! ¡Éste es mi viejo postigo!

¡Qué misterio es el pasado! ¡Y cuán cierto es que dejamos algo de nosotros mismos en los objetos que nos rodean! Los creemos inanimados y, sin embargo, viven; viven la vida misteriosa que les hemos dado. A cada fase de nuestra vida despojamos por completo nuestro ser, y lo olvidamos en un rincón del mundo. Todo ese conjunto de cosas indecibles que ha sido parte de nosotros mismos permanece en la sombra, formando un todo con los objetos en que nos hemos identificado sin aperecernos. Un día, finalmente, vemos por casualidad aquellos objetos; surgen ante nosotros

bruscamente, y veis que en el propio instante nos restituyen nuestro pasado, con todo el poderío de la realidad. Es como una súbita luz; nos reconocen, se hacen reconocer por nosotros, nos entregan, completo y deslumbrante, el depósito de nuestros recuerdos, y nos devuelven un agradable fantasma de nosotros mismos, el niño que, jugaba, el joven que amaba.

Ayer, pues, salí de San Sebastián.

Las montañas producen dos clases de carreteras: las que culebrean a ras del suelo, como las víboras, y las que serpentean ondulando en resaltos, como las boas. Perdonadme estas dos comparaciones que hacen sensible mi idea. La carretera de San Sebastián a Tolosa es de la última especie; la de Tolosa a Pamplona, de la primera. Esto es, la carretera de San Sebastián a Tolosa sube y baja por la cúspide de las colinas, y la carretera de Tolosa a Pamplona sigue las sinuosidades de los valles. La una es encantadora, la otra agreste.

Al dejar San Sebastián di una ojeada a la península, al mar que se blanqueaba soberbiamente en la arena, al monte Urgull, y a los tres conventos que fueron incendiados a las puertas de la villa, uno por los cristinos y dos por los carlistas.

Hernani no tiene monumentos —una iglesia cualquiera, cuya puerta a la pompadour es, no obstante, muy rica, y un ayuntamiento insignificante—; pero Hernani tiene un admirable paisaje y una calle que vale una catedral. La calle mayor de Hernani, adornada a ambos lados de esculpidos blasones, de preciosos balcones, de puertas señoriales, cerrada por vieja poterna arruinada, que ostenta en este momento, en lugar de almenas, grandes matas de capuchinas en flor, es un libro magnífico donde puede leerse, página por página, casa por casa, la arquitectura de cuatro siglos.

He lamentado, al recorrer la ciudad, que nada indicara al paso la casa en donde nació Juan de Urbietta, ese capitán español a quien tocó, en la jornada de Pavía, el honor de hacer prisionero a Francisco I. Urbietta se portó como un caballero y Francisco I como un rey. España debe a Urbietta una lápida de mármol en la calle mayor de Hernani.

Por lo demás, estas montañas están llenas de nombres ilustres. Motrico es la patria de Churruca, que murió en Trafalgar. Sebastián de Elcano, que dio la vuelta al mundo en 1519 (fijaos en la fecha), y Alonso de Ercilla, que escribió un poema épico, nacieron el uno en Guetaria y el otro en Bermeo. El valle de Loyola vio nacer en 1491 a Ignacio, que de paje llegó a santo, y el puente de Laredo vio desembarcar, viniendo de Alemania para dirigirse a Yuste, a Carlos V, que de emperador se hizo monje.

Tolosa, que es la antigua Iturissa, es más graciosa que Hernani, y tiene más vida y más riqueza, pero menos grandeza y solemnidad.

A pesar de la llovizna que caía desde por la mañana, vi toda la ciudad. Algunas casas viejas, una de ellas construida en tiempo de Alfonso el Sabio, el rey astrónomo;

una bonita iglesia, convertida en depósito de forrajes; los dos lindos ríos, el Oria y el Araxes, es cuanto he visto merced a mi diligencia.

En la delantera de un primer piso de la calle Mayor hay una inscripción en mármol negro que empieza por Sic visum superis y termina con el emperador le... caballero. Había empezado a copiarla; pero tan inaudita acción ha producido en pocos minutos tanta afluencia a mi alrededor que renuncié a la inscripción. En este momento en que los ayuntamientos tiemblan como la hoja, he temido promover por inadvertencia una revolución en Tolosa.

Hernani, en donde había pasado de niño y cuyo recuerdo conservaba, ofrece, más que Tolosa, fisonomía española. Las catorce diligencias que parten todos los días de Tolosa, se llevan cada mañana algo de sus antiguas costumbres, de sus antiguas ideas, de sus antiguos trajes, de lo que hace, en fin, vieja a España.

Además, en Tolosa se trabaja. Hay la fábrica de sombreros de Urbieta, una manufactura de papel, muchas fábricas de correas, de clavos, de herraduras, de marmitas de hierro batido, de barandas de balcón de hierro labrado, de sables y de fusiles; toda la montaña está llena de fraguas. Ahora bien; si algo puede transformar a España, es el trabajo.

España es especialmente el pueblo hidalgo que, durante tres siglos, se ha hecho mantener sin hacer nada por las Indias y las Américas. De ahí las calles blasonadas. En España se esperaban los galeones como en Francia se vota el presupuesto. Tolosa, con su actividad, su industria, sus molinos, sus torrentes, sus arboledas, sus yunques y su ruido, se parece a una bonita ciudad francesa. Parece como que haya de importunar con sus zumbidos a Castilla la Vieja, su vecina, y que ésta más de una vez ha debido sentirse tentada de volverse, medio amodorrada como está, para decirle: —¡Cállate!

Mientras me estaba apeando en la puerta de la fonda de Tolosa, una nube de sirvientas de saya corta y piernas desnudas, atentas, cordiales y algunas bonitas, me rodearon y se apoderaron de mis maletas. Todas procuraban decirme alguna palabra en francés.

Esta madrugada, a las tres, mucho antes de amanecer, como veis, me he instalado en el cupé de la diligencia de la Coronilla de Aragón, y he salido de Tolosa.

Hemos atravesado la calle y el puente y emprendido por la carretera en plena noche obscura, al galope furioso de ocho mulas acosadas, excitadas, fustigadas, espoleadas, agujoneadas, exasperadas por tres hombres.

Uno de esos tres hombres era un niño, pero valía por sí solo cuanto los otros dos juntos.

No parecía tener más allá de ocho o nueve años. Ese adusto chicuelo, que antes de partir había entrevisto a la luz de la linterna de la cuadra, con su sombrero a lo Enrique II, su blusa de payaso y sus polainas de cuero, tenía perfil árabe, ojos rasgados y la

mejor apostura del mundo. Apenas montó a caballo, se transfiguró; parecíame ver un gnomo que se hubiera hecho postillón. Era casi imperceptible sobre un inmenso mulo, como enroscado en la silla; blandía en su bracito un monstruoso látigo y a cada golpe hacía saltar el tiro y precipitaba con la cabeza baja todo aquel enorme atalaje que sonaba, bamboleaba y saltaba, rodando por los puentes y las calzadas con el ruido de un terremoto. Era la mosca del carruaje, pero ¡qué formidable mosca!

Figuraos un demonio arrastrando al trueno.

El mayoral, sentado a la derecha de la delantera, grave como un obispo, sacudía como un espectro una gigantesca fusta cuya punta alcanzaba al octavo mulo a la extremidad del tiro y cuya picadura parecía de fuego. De vez en cuando gritaba: ¡Anda, niño! Y el pequeño postillón se inclinaba furioso sobre su mula, y todo brincaba como si el coche volara.

A la izquierda del mayoral se hallaba un mocetón de unos veinte años casi tan fantástico como el postillón. Era el zagal. Aquel extraño muchacho, que iba ceñido de una cuerda, calzado de cualquier cosa, vestido de harapos y cubierto con una boina, arriesgaba su vida veinte veces por hora. Cada minuto se arrojaba al suelo, saltaba de un bote a la cabeza del tiro, insultaba a las mulas, las llamaba por sus nombres con gritos ensordecedores: ¡La capitana! ¡La gallarda! ¡La generala! ¡Leona! ¡La carabinera! ¡La colegiala! ¡La carcañal!; fustigaba, picaba, pellizcaba, mordía, soltaba puñadas y puntapiés, ponía al triple galope la diligencia, a la que no podía seguir al parecer y se le adelantaba con la velocidad del rayo, y cuando le creíamos a un cuarto de legua atrás, en el momento más rápido de la carrera, un hombre que parecía lanzado por una bomba caía de pronto en el asiento al lado del mayoral. Era el zagal que volvía a sentarse.

Y se sentaba lo más tranquilamente del mundo, sin estar cansado, ni jadeante, sin una gota de sudor en la frente. Un avaro que acaba de dar un maravedí a un pobre, está, con seguridad, más sofocado. Quien no ha visto correr a un zagal navarro por la carretera de Tolosa a Pamplona, no sabe aún lo que vale el famoso proverbio: correr como un vascongado.

Yo sentía pesadez de cabeza producida por esa especie de sueño en que el cansancio de una mala noche, el aire fresco de la mañana y el rodar del coche sumen al viajero. Ya conocéis esa somnolencia vaga y transparente a la vez en que el espíritu flota semianegado, en que las realidades que se perciben confusamente tiemblan, se agrandan, vacilan, se borran y se convierten en sueños al par que siguen siendo realidades. Una diligencia se transforma en torbellino, sin dejar de ser una diligencia. Los labios de las personas que hablan suenan como trompas; en las paradas la linterna del postillón resplandece como Sirio: la sombra que proyecta en el pavimento parece una inmensa tela de araña que agarra al coche y lo sacude entre sus entenas. Así, a través de ese creciente ensueño, se me aparecían las ocho mulas y los tres postillones.

Pero ¿acaso no hay a veces razón en las alucinaciones, verdad en los sueños? ¿Y los estados extraños del alma no están llenos de revelaciones?

Pues bien: ¿he de decíroslo? En esa situación en que tantos filósofos han tratado de estudiarse a sí mismos, presentábanse a mi imaginación algunas dudas singulares, algunas preguntas caprichosas y nuevas. Yo me preguntaba: ¿Qué es lo que puede pasar, qué es lo que pasa en el interior de esas pobres mulas, que, en la especie de sonambulismo en que viven, vagamente iluminadas por los vacilantes resplandores del instinto, ensordecidas por cien cascabeles en sus oídos, casi cegadas por las anteojeras, aprisionadas por las guarniciones, asustadas por el ruido de las cadenas, las ruedas y los empedrados que les sigue sin cesar, sintiendo encarnizarse sobre sí, entre aquellas sombras y aquel tumulto, tres demonios a quienes no conocen, pero que sienten, que no ven, pero que oyen? ¿Qué significa para ellas ese sueño, esa visión, esa realidad? ¿Es un castigo? ¡Si no han cometido ningún crimen! ¿Qué piensan del hombre?

Amigo mío, el alba empieza a apuntar; un rincón del firmamento iba aclarándose con esa luz siniestra que tiene siempre la primera claridad de la madrugada; todo lo que vive vida determinada y precisa dormía aún en los nidos bajo las hojas y en las cabañas escondidas en el bosque; pero me parecía que la naturaleza no dormía. Los árboles entrevistos en la oscuridad como fantasmas, se destacaban poco a poco de la bruma entre las profundas gargantas de Tolosa y aparecían por encima de nosotros en el límite del cielo, como si asomaran la cabeza por encima de la cumbre de las colinas; las hierbas se estremecían en el borde del camino; en las rocas, algunos matorrales negros y confusos se retorcían como con desesperación; no oía ningún ruido, ninguna voz, ningún lamento; pero, os lo repito, parecíame que la naturaleza no dormía. Parecíame que iba despertándose poco a poco a nuestro alrededor, y que en aquellos árboles, en aquellas hierbas, en aquellos matorrales estaba ella, la madre común, que se asomaba en un dolor inefable, y una inexplicable compasión, desde el borde del camino y desde lo alto de las montañas, para ver pasar y sufrir en aquella carrera llena de tinieblas a aquellas pobres y asustadas mulas, aquellos animales abandonados y miserables que son hijos suyos como nosotros, y que viven más cerca de ella que nosotros.

¡Oh, amigo mío! ¡Si la naturaleza nos mira efectivamente a ciertas horas, si ve las acciones brutales que cometemos sin necesidad y como por deleite, si sufre por las cosas malas que hacen los hombres, cuan sombría es su actitud y cuan terrible su silencio!

Nadie ha sondeado esos problemas. La filosofía humana se ha ocupado poco del hombre fuera del hombre, y sólo ha examinado superficialmente y casi con una sonrisa de desdén las relaciones del hombre con las cosas y con la bestia que a sus ojos no es más que una cosa. ¿Pero acaso no hay en esto grandes abismos para el pensador?



¿Hemos de creernos insensatos porque tenemos en el corazón el sentimiento de la compasión universal? ¿No existen ciertas leyes de misteriosa equidad que se desprenden del conjunto de las cosas, y a las que ofenden las vías de hecho ininteligentes e inútiles del hombre sobre los animales? No hay duda que no puede negarse la soberanía del hombre sobre las cosas; pero la soberanía de Dios es antes que la del hombre. Ahora bien: ¿opináis, por ejemplo, que el hombre haya podido, sin violar alguna secreta y paternal intención del creador, hacer del buey, del asno y del caballo los presidiarios de la creación? ¡Está bien que les haga servir, pero que no les haga sufrir! Hágalos morir, si es preciso; está en sus necesidades y en su derecho; pero al menos, e insisto en ello, que no les haga sufrir inútilmente.

Por mi parte, opino que la compasión es una ley como la justicia, que la bondad es un deber como la probidad. Todo ser débil tiene derecho a la bondad y a la compasión del ser fuerte. El animal es débil, puesto que es ininteligente. Seamos, pues, buenos y compasivos con él.

Hay en las relaciones del hombre con las bestias, con las flores, con los objetos de la creación, toda una extensa moral apenas entrevista, pero que acabará por abrirse paso y será el corolario y el complemento de la moral humana. Yo admito las excepciones y restricciones que son innumerables; pero para mí es cosa cierta que el día en que Jesús dijo: "No hagáis a otros lo que no quisierais os hicieran a vosotros"; en su pensamiento otros tenía una acepción inmensa; otros iba más allá del hombre y abarcaba el universo.

El objeto principal para que ha sido creado el hombre, su gran finalidad, su gran función, es amar. Dios quiere que el hombre ame. El hombre que no ama está por debajo del hombre que no piensa. En otros términos, el egoísta es inferior al imbécil, el malo está más bajo en la escala humana que el idiota.

Cada cosa en la naturaleza da al hombre el fruto que lleva, el bien que produce. Todos los objetos sirven al hombre, según las leyes que le son propias; el sol da su luz, el fuego su calor, el animal su instinto, la flor su perfume. Es su manera de amar al hombre. Siguen su ley, a la que jamás se niegan ni jamás eluden; el hombre debe obedecer a la suya. Es necesario que dé a la humanidad y que devuelva a la naturaleza lo que constituye su propia luz, su calor, su instinto y su perfume, el amor.

No hay duda que éste era su primer deber —y por ahí hase debido empezar, y los varios legisladores del espíritu humano han tenido razón en prescindir de otro cuidado alguno por éste—, era necesario civilizar al hombre para el hombre. La tarea está ya muy avanzada y hace cada día nuevos progresos. Pero hay que civilizar también al hombre para la naturaleza. En este sentido está todo por hacer.

Éste es mi ensueño. Tomadlo como es; pero sea lo que fuere lo que opinéis de él, os declaro que nace de un profundo sentimiento que creíste en mí. Ahora, meditemos más eso; hablemos más de ello. Hay que arrojar la simiente y dejar al surco que haga.

12 de agosto.

¿Qué queréis que os diga? Estoy encantado. Éste es un país admirable, muy curioso y muy divertido. Mientras llueve en París, yo tengo aquí el sol, y el cielo azul, y apenas las pocas nubes que se necesitan para simular magníficas humaredas en las montañas.

Todo es aquí caprichoso, contradictorio y singular; es una mezcla de costumbres primitivas y de costumbres degeneradas; candor y corrupción; nobleza y bastardía; la vida pastoral y la guerra civil; indigentes que tienen aires de héroes y héroes que hacen cara de pordiosero; una civilización antigua que acaba de consumirse en medio de una naturaleza joven y una nación nueva; lo viejo que nace, lo rancio que es fresco. Es inexplicable. Sobre todo es divertido.

País único donde lo incompatible se casa a cada momento, a cada paso, a cada esquina. Las criadas de la mesa redonda se emperifollan como duquesas, para recibir algunos cuartos. Mirad esa aldeanita que pasa; su hermosura sorprende, su tocado arrebatado, elegante y adornada como una imagen; bajad los ojos, y veis una horrible falda andrajosa de la que salen unos pies grandes, descalzos y sucios, y la imagen termina en mozo de mulas. El vino es execrable, sabe a pellejo; el aceite es abominable, sabe a no sé qué; la muestra de todas las tiendas os ofrece lo mismo: Vino y aceite. Las calles anchas tienen aceras, los mendigos usan alhajas, las cabañas ostentan blasones, los habitantes no llevan zapatos. Todos los soldados tocan la guitarra en todos los cuerpos de guardia. Los curas se encaraman al imperial, fuman cigarros, miran las piernas de las mujeres, comen como tigres y están delgados como clavos. Los caminos están sembrados de pintorescos pordioseros.

¡Oh España decrepita! ¡Oh país nuevo! ¡Grande historia, gran pasado, gran porvenir! ¡Presente feo y miserable! ¡Oh miserias! ¡Oh maravillas! Os sentís repelido, os sentís atraído. Lo repito, es inexplicable.

Por la noche volvéis a ver a esos mismos pordioseros en la cúspide de las colinas, con una carabina al hombro, proyectando sus siluetas en el cielo.

La garganta que conduce desde Tolosa a Pamplona, sería célebre si fuese vista. Pero es uno de esos caminos que nadie toma. Un viaje en zizás por España sería un viaje de descubrimientos. Hay siete u ocho grandes carreteras; todo el mundo las sigue. Nadie conoce los lugares intermedios.

Por lo demás, Europa está amenazada de igual contingencia. El desamparo de las regiones intermedias, es tal vez uno de los resultados probables y temibles de los ferrocarriles. La civilización hallará seguramente el remedio, pero es preciso que lo busque.



Hay una clase de personas, de inteligencias, si queréis, a quienes el entusiasmo fatiga o rebaja, y que salen del paso, delante de todas las bellezas del arte o de la creación, con esta frase hecha: Siempre lo mismo. Para esos profundos desdeñosos, ¿qué es el mar? Una playa o una duna y una gran línea azul o verde muy antipática. ¿Qué es el Rin? Una corriente de agua, una roca y una ruina; luego más agua, otra roca y otra ruina; y así sucesivamente desde Maguncia a Colonia. ¿Qué es una catedral? Un capitel, unas ojivas, unas vidrieras y unos arbotantes. ¿Qué es un bosque? Árboles y más árboles. ¿Qué es una garganta? Un torrente entre dos montañas. “¡Siempre lo mismo!”

¡Valientes imbéciles que no imaginan el papel inmenso que representan el detalle y el matiz! En la naturaleza, es la vida; en el arte, es el estilo. ¡Soberbios y desdeñosos tontos, que no saben que el aire, el sol, el cielo gris o sereno, el vendaval, el accidente de luz, el reflejo, la estación, la fantasía de Dios, la fantasía del poeta, la fantasía del paisaje, son mundos! El mismo motivo dan la bahía de Constantinopla, la bahía de Nápoles y la de Río Janeiro. El mismo esqueleto da Venus y la Virgen. Toda la creación, en efecto, ese espectáculo múltiple, variado, deslumbrador y melancólico, que todos los pensadores estudian desde Platón, que todos los poetas contemplan desde Homero, puede reducirse a dos cosas: verde y azul. Sí; pero Dios es el pintor. Con este verde ha hecho la tierra; con este azul ha hecho el cielo.

La garganta de Tolosa, pues, es una garganta como todas las gargantas, “siempre lo mismo”, un torrente entre dos montañas; pero ese torrente exhala un grito tan horrible, esas montañas tienen actitudes tan altivas, que al penetrar en ellas el hombre se siente débil y pequeño. Un bosque mézclase con las rocas, y hay anchos lienzos de roca viva que bajan de las más altas cimas sembradas de grandes encinas casi inexplicables. Se ve el árbol, se ve la peña, y uno se pregunta dónde están las raíces y de qué viven.

Como en todas las cosas terribles que produce la naturaleza, hay rincones deliciosos, céspedes, arroyuelos separados del torrente que murmuran a su lado con ese dulce gorjeo que deben expresar los aguiluchos en el nido del águila, hierbas llenas de flores y de perfumes, mil graciosos sitios donde descansar los ojos y el pensamiento. Sólo el hombre quédase taciturno. Los campesinos que pasan tienen ademán soñador; no se ven aldeas; aquí y allá altas casas de piedra agujereadas por tres o cuatro ventanas que han parecido demasiado grandes, pues han sido tapiadas por la mitad.

En este país, me veo precisado a repetirlo, la ventana no es tal ventana; es una aspillera. La casa no es tal casa, sino una fortaleza. A cada paso, una ruina. Y es que todas las guerras civiles de Navarra, de cuatro siglos a esta parte, han rodado por la hondonada confundidas con el torrente. Es que esta agua blanca de espuma, ha sido

muchas veces enrojecida por la sangre. Tal vez por eso aúlla con tanta tristeza el torrente. Y por eso también seguramente sueña el hombre.

Una alta montaña, una gran subida, en estilo de viajero; una mala cuesta, en lenguaje de postillón, corta en dos esa garganta. La carretera, que, aparte todo, es muy bonita, se tuerce y se repliega al lado del precipicio con espantosas revueltas. Añadieron dos bueyes a nuestras ocho mulas, y la diligencia, remolcada por ese inmenso tiro, subía al paso. A mitad de la ascensión, un gran mojón de piedra os indica que estáis a seis leguas de Pamplona. Las montañas forman alrededor del precipicio admirables amontonamientos. Algunos segadores, grandes como hormigas, siegan el trigo en el abismo.

Yo había bajado del coche, y andando, andando, entre el ruido de las cadenas de los bueyes y de las mulas, cogí un ramito de flores campestres. Encontré un mendigo y le di un real. Luego, en lo más alto de la montaña, encontré una pequeña cascada, y arrojé en ella el ramito. Hay que dar también limosna a las náyades.

Allí, subí otra vez al imperial, y desengancharon los bueyes. En aquel momento las seis mulas delanteras, sintiéndose libres, partieron al galope. El mayoral, el postillón y el zagal, corrieron tras de las mulas echando ternos y dejando allí el coche. La diligencia estaba todavía en un plano excesivamente inclinado. Las dos mulas del timón, que habían quedado solas a aguantarla, no tuvieron fuerzas suficientes; cedieron, y el coche se puso a rodar lentamente hacia el precipicio. Los asustados viajeros llamaban a los conductores, que no les oían. Ya la rueda trasera estaba a pocas pulgadas de la vertiente, cuando el mendigo, un pobre viejo encorvado y casi paralítico, se acercó y empujó una piedra con el pie. Esto bastó. La piedra hizo obstáculo a la rueda y el coche se detuvo.

Junto a mí, en la banqueta, había un cura. Se persignó y me dijo: —Dios acaba de salvar a veinte personas. Yo le respondí: —Con un guijarro y un anciano.

Los conductores trajeron las mulas que estaban ya lejos.

Una hora después, desembocábamos entre dos enormes promontorios, que son las últimas torres que por aquel lado tiene la montaña, sobre la llanura de Pamplona.

Pamplona es una ciudad que da mucho más de lo que promete. De lejos nos hace menear la cabeza con desencanto, pues no aparece ninguna silueta monumental; pero cuando se está en la ciudad, la impresión cambia. En las calles encontráis a cada paso cosas que os interesan; en las murallas quedáis embelesado.

La situación es admirable. La naturaleza ha construido un llano redondo como un circo y lo ha rodeado de montañas; en el centro del llano, el hombre ha construido una ciudad. Es Pamplona.

Ciudad vascona, según unos, con el nombre antiguo de Pompelón; ciudad romana, según otros, con Pompeyo por fundador. Pamplona es hoy la ciudad navarra de la cual

la casa de Evreux ha hecho una ciudad gótica, de la que la casa de Austria ha hecho una ciudad castellana, y de la que el sol hace casi una ciudad oriental.

En torno suyo son calvas las montañas, seca la llanura. Un bonito riachuelo, el Arga, da savia a algunos álamos. Las suaves ondulaciones que van del llano a la montaña, están cubiertas de fábricas de Poussin. No es ya sólo una gran llanura, sino un gran paisaje.

Vista de cerca, la ciudad tiene el mismo carácter. Las calles de casas negras adornadas de pinturas, de balcones, de flotantes cortinas, son en conjunto risueñas y severas.

Una magnífica torre cuadrada de ladrillo sin revoque, de línea simple y austera, domina el paseo plantado de árboles. Es el siglo XIII modificado por el gusto árabe, como lo está en Alemania y en Lombardía por el gusto bizantino. Una puerta estilo Felipe IV decora ricamente la parte inferior de esa torre, que tal vez aparecería sobrado desnuda sin aquélla. Esa puerta, que nada tiene de llamativo ni de excesivo, fue añadida allí con fortuna. Participa ya del barroco, perteneciendo todavía al renacimiento.

Por lo demás, el barroco español es un barroco atrasado como todo lo que produce España; copia al siglo XVI, y conserva en el XVII y hasta en el XVIII la pequeñez de las columnas y el complicado corte de los frontones, una gracia especial del estilo Enrique II. Esas formas del renacimiento, mezcladas con las achicorias y las rocallas, dan al barroco castellano no sé qué originalidad que se compone de nobleza y de capricho.

Esa magnífica torre es un campanario. La antigua iglesia a la que estaba adherida, desapareció. ¿Quién la ha destruido? ¿Habría sido incendiada en uno de los inmensos sitios que ha sostenido Pamplona?

Me estaba diciendo esto, y un ángulo del campanario, donde hay una profunda brecha que parece abierta por las bombas, confirmaba en mi espíritu esa conjetura. No obstante, empujé una puerta al pie de la torre y entré en una horrible iglesia, huérfana de buen gusto, en el estilo más feo y más pobre, semejante al de la Magdalena y al del cuerpo de guardia del bulevar del Temple. Esto me dejó perplejo. ¿Sería posible que para construir esta necedad decorada de triglifos y arquivoltas hubiesen destruido la antigua iglesia semirrománica y semimorisca del siglo XIII?

La "buena escuela", ¡ay!, ha penetrado hasta en España, y esta proeza sería digna de ella. Ha desfigurado ella más las viejas ciudades que todos los sitios y todos los incendios. Preferiría para un monumento una granizada de bombas que un arquitecto de la buena escuela. ¡Por compasión, bombardead los edificios antiguos, pero no los restauréis! La bomba sólo es brutal; los constructores clásicos son estúpidos. Nuestras venerables catedrales desafían valerosamente los obuses, las granadas, las balas enramadas y los cohetes a la congreve; y tiemblan hasta sus cimientos ante el señor

Fontaine. Al menos los cohetes, las balas, las granadas y los obuses no esculpen capiteles corintios, ni abren canalizaciones, ni hacen entreabrir alrededor de un arco en plena cimbra románica algunos ovarios tallados de nuevo. San Dionisio acaba de ser restaurado y ya no es San Dionisio; el Partenón ha sido bombardeado y es todavía el Partenón.

Las casas, casi todas construidas de ladrillos amarillos, los tejados obtusos de tejas acanaladas, el polvo que se cierne en el aire, las llanuras rojas y las montañas áridas que circuyen el horizonte, dan a Pamplona no sé qué aspecto terroso que entristece la vista en el primer momento; mas, como os decía, en la ciudad todo la regocija. Esa fantástica afición a los adornos, propia de los pueblos meridionales, toma su desquite en la fachada delantera de todas las casas. El abigarramiento de las cortinas, lo risueño de los frescos, los grupos de mujeres bonitas semiasomadas a la calle y hablando por señas de uno a otro balcón, la variada y caprichosa exposición de las tiendas, el alegre rumor y la perpetua circulación de las calles tienen un no sé qué de vivaracho y de luminoso.

A cada instante se revela ese gusto a la vez salvaje y elegante propio de las naciones semicivilizadas. Ya es un pozo ordinario cuyo brocal de piedra apenas tallada sostiene seis columnitas de mármol blanco coronadas por una cúpula que sirve de pedestal a la estatua de un santo; ya una muñeca que representa la Virgen rodeada de pinturas, cargada de chucherías, de oropeles, de lentejuelas, instalada debajo un dosel de damasco encarnado, al extremo de un paseo de arcos enjabelgados.

Ese gusto, que se imprime en la decoración y mueblaje de las iglesias, las llena de gracia y de luz. Como la arquitectura exterior de los monumentos es en Pamplona muy austera, la arquitectura interior evita sobre todo el ser fastidiosa. Por mi parte, se lo agradezco; y en mi sentir el mayor mérito del arte rocalloso y achicoriado, lo que le debe hacer perdonar todos sus vicios, es el continuo esfuerzo que hace para gustar y distraer.

Dejando aparte la catedral, de que os hablaré luego, las iglesias de Pamplona, aunque de vieja construcción casi todas, han conservado pocas huellas de su origen gótico. No obstante, he observado en una de ellas, en medio de una alta pared, encima de una puerta, un bajo relieve del siglo XIV que representa a un caballero que parte para la cruzada. El hombre y el caballo desaparecen bajo su armadura de guerra. El caballero, fieramente cubierto con el morrión, ostentando la cruz en el escudo, espolea a su caballo que apresura el paso y sigue adelante. Detrás del barón, sobre una colina, divísase un castillo de torres almenadas, cuyo rastrillo está levantado todavía, cuya puerta está aún abierta, y del que acaba de salir y donde tal vez no vuelva a entrar. Encima del castillo hay una gran nube que se entreabre y deja pasar una mano, mano todopoderosa y fatal, cuyo dedo extendido indica al caballero el camino y su objeto. El caballero vuelve la espalda a aquella mano y no la ve, pero

adivínase que la siente. Ella le impele, ella le conduce. Hay en todo esto un cierto misterio y grandeza. Me pareció que revivía, ruda y soberbiamente tallado en el granito, el hermoso romance castellano que empieza así: —“Bernardo, con la lanza en puño, sigue corriendo las orillas del Arlanza. ¡Partió el español gallardo, valiente y determinado!”

Todas las iglesias tienen un altar dedicado a San Saturnino, que fue el primer apóstol de Pamplona, y otro altar a San Fermín, que fue su primer obispo. Pamplona es la ciudad cristiana más antigua de España, y hace de ello objeto de vanidad, si vanidad puede haber en esas cosas. Los nombres de Fermín y Saturnino no están únicamente en todas las iglesias, sino también en todas las tiendas. A cada paso se lee: —Saturnino, Roper. —Fermín, Sastre.

No me acuerdo en qué calle hay una puerta de palacio que me impresionó. Figuraos una extensa arquivolta en torno de la cual se agarran, trepan y se retuercen, como una vegetación de piedra, todos los más extraños tulipanes y todos los más extravagantes lotos que el barroco mezcla con las conchas y las volutas; ahora haced salir de esos lotos y de esos tulipanes, en lugar de escamosas sirenas y de desnudas náyades, unos timbaleros cubiertos con tricornios y bigotudos alabarderos, vestidos como los infantes del caballero de Folard; añadid a esto rocallas y guirnaldas, en medio de las cuales algunos artilleros cargan las piezas, y arabescos que llevan a la extremidad de sus tijeretas tambores, bayonetas y granadas que estallan; poned a ese conjunto el estilo algo redondo y pesado, pero muy flexible, del tiempo de Carlos II, y tendréis una idea del pequeño poema militar y pastoral esculpido en aquella puerta. Es una égloga adornada con balas de cañón.

El primer objeto que se busca con la mirada, la primera vez que se ve una ciudad en el horizonte, es la catedral. Al llegar a Pamplona había visto de lejos, hacia la extremidad oriental de la ciudad, dos abominables campanarios del tiempo de Carlos III, época que corresponde a nuestro peor Luis XV. Esos dos campanarios, que tienen la pretensión de ser capiteles, son iguales. Si os importa figuraros uno de esos capiteles, imaginad cuatro grandes sacacorchos que sostienen no se sabe qué ventruda y turgente vejiga, coronada por uno de esos clásicos botes, vulgarmente llamados urnas, que tienen el aspecto de haber nacido del matrimonio de un ánfora y una jarra. Todo esto en piedra. Yo estaba indignado.

—¡Cómo! —decía—, ¡esto es lo que han hecho de esta catedral casi románica de Pamplona que ha visto erigirse la ciudadela de Felipe II, que ha visto un arcabuz francés herir a Ignacio de Loyola, y que Carlos de Evreux, rey de Navarra, había encontrado tan bella que quiso poner en ella su tumba!

Estuve tentado de no ir. Sin embargo, llegado a Pamplona y divisando al extremo de una calle la cara compasiva de los dos campanarios, me asaltaron algunos escrúpulos y me dirigí hacia la portada.

Vistos de cerca, son peores todavía. Las dos excrecencias talladas en forma de tronchos de col y decoradas con el nombre de capiteles que acabo de describirlos, están sostenidas por una columnata, a la que no acierto a comparar otra cosa que la columnata de San Dionisio del Santo Sacramento en nuestra calle de San Luis, en París. Y esas necedades se dan en las escuelas por arte griego y romano. ¡Oh, amigo mío, qué feo es lo feo cuando tiene pretensión de ser bello!

He retrocedido ante esa arquitectura, e iba a dejar plantada la iglesia, cuando, al volver a la izquierda, divisé detrás de la fachada las altas paredes negras, las ojivas con flamígeros calados, los delicados pináculos, y los robustos contrafuertes de la venerable catedral de Pamplona. Y reconocí la iglesia que había soñado.

Permanece allí, como si estuviese sufriendo no sé qué castigo, escondida, sombría, triste, humillada, detrás de la odiosa portada con que el "buen gusto" la ha encubierto. ¡Qué horrible máscara aquella fachada! ¡Qué bonete de asno aquellos dos campanarios!

Reconciliado y satisfecho, entré en el edificio por una puerta lateral del siglo XV, simple, poco ornamentada, pero elegante. Las puertas están sembradas de clavos y de flores de lis, y el llamador de hierro, compuesto de dragones que se muerden, tiene hermosa forma bizantina.

El interior de la iglesia me arrebató. Es gótico con magníficas vidrieras.

Ha poco os hablaba de la puerta de un palacio que es un bonito poemita. La catedral de Pamplona es también un poema, pero un poema grande y hermoso; y puesto que he sido arrastrado a esa asimilación que nace tan espontáneamente de las cosas de la arquitectura y de las cosas de la poesía, permitidme que añada que ese poema es en cuatro cantos que yo intitularía: el altar mayor, el coro, el claustro, la sacristía.

Cuando entré en la catedral eran poco más de las cinco de la mañana. Acababan de abrirla y estaba aún desierta y oscura. Los primeros rayos del sol levante atravesaban horizontalmente los ventanales de la alta nave y lanzaban de una a otra ojiva grandes vigas de oro que se cortaban netamente sobre el fondo sombrío y resplandecían en la tenebrosa iglesia. Un sacerdote viejo y encorvado decía la primera misa en el altar mayor.

El altar mayor, alumbrado apenas por algunos cirios, rodeado en parte por un flotante muro de tapicerías y cortinajes que se enlazaban con los pilares del ábside e interceptaban la luz, parecía, en aquella bruma que le estaba envolviendo, un montón de pedrerías. Alrededor se levantaban toda clase de relucientes muebles, como únicamente se ven en las iglesias españolas, credencias, órganos portátiles, arcas,

armarios forrados de piel con cajóncitos. En el fondo, detrás de los ramos de lirios, por encima del altar, en medio de una especie de gloria que probablemente no era más que madera dorada, pero a la cual la hora y el lugar daban una extraña majestad, entre las brillantes paredes de un armario de oro con ambas puertas abiertas de par en par, resplandecía una imagen de la Madre de Dios, con la corona imperial en la cabeza y el niño Jesús en brazos. Yo entreveía todo esto por entre una maravillosa verja de hierro del tiempo de Juana la Loca, labrada por los mágicos cinceladores del siglo XV, cargada de flores, arabescos y figuras. Aquella verja, de más de veinte pies de altura y a la que se asciende mediante una escalera de varios peldaños, cierra el santuario por el único lado donde puede penetrar la mirada.

Nada tan conmovedor, en esa hora sagrada y sublime de la mañana, como aquel hombre de cabello blanco, solo en medio de la espaciosa iglesia, cubierto de espléndidas vestiduras, hablando en voz baja, hojeando un libro y haciendo una cosa misteriosa en aquel lugar magnífico, oscuro, silencioso y velado. Aquella misa se decía para Dios, para la inmensidad, y para una vieja que la oía, acurrucada detrás de un pilar a pocos pasos de mí.

Todo aquello era grande. La vieja iglesia, el sacerdote viejo y la mujer vieja parecía que formaban una especie de trinidad y un solo individuo. Los dos sexos y el edificio, constituían un símbolo al que nada faltaba. El cura había sido fuerte y estaba abatido; la mujer había sido hermosa y estaba ajada; el edificio había sido completo y estaba mutilado. El hombre envejecido en su carne y en sus obras adorando a Dios en presencia de aquel sol deslumbrador que nada enfría, que nada apaga, que nada arruga, que nada altera, decid: ¿no os parece que era grande? Yo estaba conmovido hasta el fondo de mi corazón. Ninguna idea discordante salía de aquel melancólico contraste; por el contrario, sentía que emanaba de él una inexplicable unidad. Ciertamente; no hay más que un misterio muy insondable y muy profundo que pueda unir de esa suerte en íntima y religiosa armonía la incurable decrepitud de la criatura y la eterna juventud de la creación.

Terminada la misa, volví la cabeza, y vi el coro, que en las iglesias del norte de España está situado frente al altar mayor.

El coro de la catedral de Pamplona, alta y sombría obra de carpintería del siglo XVI, se compone de dos filas de siales que ocupan los tres lados de un cuadrilongo, mientras llena y cierra el cuarto una verja de hierro, magnífica labor de cerrajería de la misma época. Detrás de cada escaño está esculpido en relieve uno de los santos de la liturgia. Toda la madera está tallada por el flexible y espiritual cincel del renacimiento. En medio del lado menor del cuadrilongo que da frente a la verja, y, de consiguiente, al altar, se levanta el trono del obispo, coronado por un delicioso pináculo calado. El actual obispo de Pamplona, que andaba poco de acuerdo con Espartero, se halla en este momento en Francia, en Pau, según creo, donde se refugió hace dos años.

Yo estaba cansado de haber viajado toda la madrugada y me senté en aquel trono vacante. ¡Un trono! ¿No os parece singularmente escogido aquel lugar de descanso? No obstante, así lo hice. El libro de coro del obispo estaba abierto delante de mí en su pupitre. Lo abrí. Estaba rasgado casi página por página.

La verja del coro, en la que revolotean algunos ángeles y se retuercen algunas culebras como entre mágico follaje, da frente a la verja del altar mayor. El arte del siglo XV y el arte del XVI se hallan cara a cara, ambos con sus caracteres más distintivos y más opuestos; el uno es más delicado; el otro más copioso; no se sabe cuál es el más agradable.

En el centro del coro, otra verja de hierro, que parece una gran jaula, cubre y protege, al par que lo deja ver, el cenotafio de Carlos III de Evreux, rey de Navarra.

Es una adorable tumba del siglo XV, que sería digna de estar en Brujas con las tumbas de María de Flandes y de Carlos el Temerario, en Dijón con las tumbas de los duques de Borgoña, o en Brou con las tumbas de los duques de Saboya. El motivo no varía, pero ¡es tan simple y tan bello! El rey con su león y la reina con su lebrél, están tendidos uno junto al otro, con la corona en la cabeza, sobre aquel lecho de mármol, conmovedora tumba conyugal, a cuyo alrededor da vuelta, bajo pequeñas arquitecturas de exquisita labor, una procesión de desoladas figuritas. Una parte de la tumba está odiosamente mutilada. Casi todas las estatuas están rotas en dos pedazos.

Siete u ocho enormes misales, en ese formato infortiat que proporcionara a Boileau una rima tan hermosa y un tan delicioso verso, encuadernados en pergamino y adornados con esquinas de cobre, están colocados en torno al cenotafio y puestos en el suelo como escudos de soldados en reposo. Apóyanse en la verja del sepulcro. Parece que el azar haya tenido una idea al apoyar los libros de la iglesia en la tumba.

Un grandioso órgano, en el gusto del pasado siglo, muy rico y muy dorado, domina todo el coro sin estropearlo. Arriba se lee este versículo que, por otra parte, se halla inscrito en casi todos los órganos de España: Laudate Deum in chordis et organo. Más abajo hay la fecha: año 1742.

Las capillas que rodean el altar mayor y el coro están ornamentadas, casi podría decirse obstruidas, por esos inmensos retablos esculpidos y dorados a que tan aficionado se ha mostrado siempre este viejo país católico. Su moda toca al exceso. Yo he visto en una capilla uno de esos retablos que era del siglo XV, y en una nave lateral, otro del siglo XIII. En medio de este retablo, pendía de tres clavos un gran Cristo bizantino completamente ennegrecido, con la barba rizada y salientes las costillas, cubierto con una holgada saya de encaje blanco.

¿A dónde diablos va a meterse el encaje?

Algunas banderas aplicadas a la pared, algunas imágenes de Vírgenes en escarparates de damasco encarnado, y algunas tumbas esculpidas en el muro a varias alturas completan la decoración de la iglesia.

Al salir del coro, no sé cuál efecto de claro-oscuro me atrajo a la derecha, hacia una puerta lateral que estaba frente a la por donde había entrado, y me encontré de pronto en uno de los más hermosos claustros que haya visto en mi vida.

Es un vasto cuadrilátero, rodeado de altas ojivas cuyos maineles dibujan ricos y robustos lóbulos del siglo XIV. Algunas de esas ojivas conservan las huellas de una restauración reciente, y, me apresuro a decirlo, inteligente. Por encima de la galería ojival, una segunda galería más baja, con vigas esculpidas, sostiene el tejado de tejas semicilíndricas, cuya línea rompen aquí y allá algunos pináculos de piedra negra de forma exquisita. El patio del claustro es un jardín muy bien cultivado, donde algunos recortados bojés dibujan esos agradables arabescos de los jardines del siglo XVII.

Todo es hermoso en este claustro, la dimensión y la proporción, la forma y el color, el conjunto y el detalle, la sombra y la luz. Ya es un antiguo fresco que anima y da vida a la pared, ya un sepulcro de mármol roído por los años, ya una puerta de encina arreglada y remendada de suerte que se mezclan curiosamente las labores de todas las épocas.

Mientras yo paseaba, el viento hacía vacilar en las rejas de hierro del jardín algunas viejas flores de lis navarras medio desprendidas, al lado de las cuales se abrían en todo su perfume y en todo su esplendor las eternas flores de lis de Dios todopoderoso.

El pavimento que pisamos está formado de largas losas. Cada losa lleva una cifra y cubre un muerto. Hay un no sé qué de árido y glacial en este modo de poner etiquetas a los difuntos. Yo consiento en convertirme en polvo, en ceniza, en sombra; pero me repugna convertirme en número. Es la nada mi poesía; ya basta y sobra con la nada.

En uno de los ángulos del claustro, algunas ojivas lanceoladas, tapiadas en parte, se desenvuelven alrededor de una misteriosa estancia. Es una capilla. Pero ¿por qué la separaron de la iglesia?

El decorado que allí veía parecíame muy deteriorado: un crucifijo, un altar de madera y una lámpara de hojalata estampada. Sin embargo, admiraba la reja de hierro que cierra ambos lados de la capilla abiertos en el claustro y que es una preciosa muestra de la densa y complicada cerrajería del siglo XIV. Esta reja es la curiosidad de la capilla, tanto por la labor, como por la materia. Empero, no es más que de hierro, pero de hierro ilustre.

En la batalla de las Navas de Tolosa, el Miramamolín hizo rodear su campo de una cadena de hierro, que el rey de Navarra rompió de un hachazo. Como la cabellera de Berenice que se vio colocada entre las estrellas, esa cadena quedó como una de las constelaciones del blasón. Ha compuesto las armas del reino de Navarra, y no hace aún mucho tenía la mitad del escudo de Francia. Ahora bien, con el hierro de aquella cadena se construyó esta reja. Así al menos lo revela al pasajero y lo afirma, en una inscripción colocada encima de la verja, esta cuarteta de un latín algo bárbaro y enigmático:

CINGERE QVAE CERNIS CRVCIFIXVM FERREA VINCLA
BARBARICAE GENTIS FVNERE RUPTA MANENT.
SANCTIVS EXUVIAS DISCERPTAS VINDICE FERRO
HVC ILLUC SPARSIT STEMATA FRVSTA PIVS.
AÑO 1212.

Nada tengo que replicar a este cuarteto, sino que el trabajo de la verja denota el siglo XIV y no el XIII.

Lo que es también del siglo XIV, es la puerta interior por la que he entrado en el claustro. Allí, tímpanos, arquivoltas, capiteles, columnitas, medallones y estatuitas, todo es del más bello estilo de aquella bella época. Añadid a esto que, protegido por el claustro contra la acción del aire y por la casualidad contra los embadurnadores, ha conservado en toda su lucidez y casi en toda su frescura el dorado y pintado de su época. Yo estaba maravillado. —¡Pardiez, pensaba, merece ser contemplada de rodillas!

Me vuelvo y veo que alguien estaba efectivamente “contemplándola de rodillas”, de rodillas en las duras losas, ¿y quién?, una mujer de unos cuarenta años, hermosa todavía, de noble semblante, envuelta en una rica mantilla de encaje negro. Mientras la estaba observando con sorpresa, otra mujer, vieja y mal vestida, entró en el claustro y vino a arrodillarse junto a la primera. Luego una tercera. Notad que estamos fuera de la iglesia. —¡Esto, decía entre mí, es adorar devotamente la arquitectura! Fijando un poco la atención, me lo expliqué todo. Había en el mainel de la puerta una imagen de la Virgen, y al lado, en la pared, esta inscripción:

EL EMINE^{MO} SR. CARDE
NAL PEREIRA CONCEDIÓ
80 DÍAS DE YNDULGEN^A
Y EL SR. OBISPO MORILLO
40 AL QUE REZARE UNA
SALVE DE RODILLAS DE
LANTE ESTA S^{MA} YMAGEN
DE N^{TRA} S^{RA} DE EL AMPARO.

Es muy probable que esta inscripción sea la casualidad de que hablaba antes y que ha impedido el embadurnamiento. La imagen ha salvado a la puerta.

Cuando acababa de copiar esa inscripción, la bella devota arrodillada se levantó, y al pasar junto a mí, casi sin volverse, me dijo por encima del hombro: Caballero francés que lo observa usted todo, vaya a ver la sacristía. Y se alejó rápidamente.

Volví a la iglesia, lo huroneé todo, y por fin, a fuerza de empujar todas las puertas, llegué a la sacristía.

¡Oh! ¡Aquella era efectivamente una sacristía, según la intención de una bella devota española! Figuraos un inmenso salón de confianza barroco, dorado, historiado,

florido, elegante, perfumado, delicioso. El papel pintado imita el damasco al que ha sustituido en las paredes; el pavimento de baldosas y piedra imita el mosaico. Por todas partes hermosos Cristos de marfil, pálidas Magdalenas, espejos inclinados, sofás con gruesos almohadones, tocadores con pies de macho cabrío, rinconeras hechas de brecha de Alepo; una luz deslumbradora, misteriosos rincones; muebles desconocidos y variados; los sacerdotes que van y vienen; las resplandecientes casullas en los cajones entreabiertos; no sé qué perfume de marqués, no sé qué olor de abate, tal es la sacristía de Pamplona.

Un digno obispo, el cardenal Antonio Zapata, es quien hizo tal regalo a la catedral. La transiciones brusca; es casi un choque. Dante está en el claustro; madame de Pompadour en la sacristía.

Después de todo, allí también una cosa completa a la otra, y la armonía está en el fondo. La sacristía invita al pecado y el claustro a la penitencia.

Ya las misas se decían en todas las capillas y la iglesia se llenaba de fieles, sobre todo de mujeres. Di una segunda vuelta por ella.

Hacia el lado de la puerta principal, el coro está resguardado por una gruesa pared en la que hay adosada una tumba de mármol blanco. El epitafio, en letras de oro, casi borradas, indica que allí están los despojos de aquel valiente don Buenaventura Dumont, conde de Gages, que batió en múltiples encuentros a los imperiales y al duque de Saboya en persona.

Uno de esos encuentros se reproduce en una hermosa batalla que se ve esculpida en bajo relieve al pie del epitafio. Hay allí cañones apuntados, caballos que se encabritan, oficiales que mandan, apiñados batallones que cruzan las picas y parecen matorrales confundidos por impetuoso viento. Nada tan extraño como aquella pelea petrificada y silenciosa, inmóvil para siempre en aquella sombría iglesia, donde se oye de vez en cuando la campanilla débil e intermitente del monaguillo.

El gran tumulto que hace la batalla y el gran silencio que reina en la tumba, dejan en el corazón una grave enseñanza. ¡Ésta es la gloria de los hombres de guerra en la muerte! Se calla. La gloria de los poetas y de los pensadores canta y habla eternamente.

Mientras estaba absorto en no sé qué ensueño ante aquella sepultura, un rumor de órgano y un canto violento, lúgubre y salvaje, estallando de pronto a mi izquierda en la capilla inmediata, me hicieron volver la cabeza.

Un féretro, que acababan de traer sin duda, estaba en el suelo sobre las losas. Descubriase la madera, apenas oculta por un paño negro raído y roto. Alrededor ardían cuatro cirios; tres panes redondos estaban colocados sobre una tabla en el suelo, al lado de la cabecera del ataúd. A pocos pasos hacia la derecha ardían cuatro gruesas antorchas de resina, cuya reverberación me mostraba confusamente, en una capilla oscura, al clérigo de casulla negra con cruz blanca que decía la misa de

difuntos. Los cantos del órgano venían de arriba como un rumor sobrenatural. No podía distinguirse de dónde partían. En torno mío, una muchedumbre de mujeres de todas edades, dispuestas en una especie de semicírculo a alguna distancia del féretro, todas graciosamente cubiertas y envueltas en la mantilla de seda negra, acurrucadas en el pavimento de la iglesia, según la moda española, en la muelle y encantadora actitud de las mujeres del serrallo, los ojos con más frecuencia alzados que bajos, se abanicaban, oían misa y miraban a los que pasaban.

Yo contemplaba ora el sepulcro del conde de Gages, ora aquel pobre entierro de un desconocido. Dos nada. La una honrada, la otra desdeñada. Amigo mío, si las cosas que denominamos inanimadas pudieran de pronto tomar la palabra, ¡qué diálogo entre aquella tumba de mármol y aquella caja de pino!

Por la tarde fuíme a pasear por las murallas solo y pensativo.

Hay días en la vida que remueven en nosotros todo el pasado. Yo estaba lleno de inexplicables ideas. La hierba de las contraescarpas agitada por el viento silbaba débilmente a mis pies. Los cañones pasaban sus cuellos por entre las almenas, como para contemplar el campo. Las montañas del horizonte, medio desvanecidas por el crepúsculo, habían tomado formas magníficas; la llanura estaba sombría; el Arga, cruzado por mil reflejos luminosos, se deslizaba por entre los árboles como una culebra de plata.

Al pasar por delante de la entrada de la ciudad, oí el rechinar de las cadenas del puente levadizo y el movimiento sordo del rastrillo que caía. Acababan de cerrar la puerta. En aquel momento levantábase la luna.

Entonces, perdonadme la ridiculez de citarme a mí mismo, se asomaron a mi espíritu estos versos que escribí hace quince años:

Toujours prête au combat, la sombre Pampelune,
Avant de s'endormir aux rayons de la lune,
Ferme sa ceinture de tours.

13 de agosto.

En las ciudades de España hay muchas ventas, esto es, muchas tabernas; algunas posadas, esto es, algunos albergues; y muy pocas fondas, esto es, muy pocos hoteles. En San Sebastián no hay más que la Fonda Isabel, llamada así para distinguirla de la hospedería a la francesa, conducida por un honrado y buen hombre llamado Lafitte. En Tolosa y en Pamplona, la fonda no tiene nombre ni muestra. Se llama simplemente la fonda: lo que indica claramente que es la única.

El cuarto que ocupó en la fonda de Pamplona, en el segundo piso, tiene dos grandes ventanas que dan a la plaza mayor.

Esta plaza nada tiene de notable. Actualmente están construyendo en uno de sus extremos, al Este, no sé qué de horrible que parece un teatro y que será de obra de

sillería. Recomiendo esta cosa al primer hombre de ingenio que bombardee a Pamplona.

Perdonadme, amigo mío, este lúgubre chiste. No lo borro, porque nace de la propia naturaleza de las cosas. El destino de todas las ciudades de España, ¿no es el de ser bombardeadas periódicamente? El año pasado Espartero bombardeaba Barcelona. Este año Van Halen bombardea Sevilla. ¿Quién será el que bombardee el año próximo y qué es lo que bombardeará? Lo ignoro. Pero tened por seguro que habrá algún bombardeo. Siendo así, yo ruego por los habitantes, por las casas y por las catedrales; y como hay que dar su parte a las bombas, les abandono con placer todas las copias que encuentro de nuestra Bolsa de París.

Dicho esto, volvamos a Pamplona y subamos a mi cuarto. Es una especie de lonja blanqueada, con dos camas, una de ellas grande, que las criadas llaman el matrimonio. En la pared algunos cuadros iluminados representando amantes que sonríen a ceñudos esposos. Una mesita, dos sillas de paja, y una enorme puerta, con recuadros encajados en un marco de encina, con cerrojos de prisión, con cerradura de ciudadela.

Parece que en España el caso de una toma por asalto sea previsto en cada piso de cada casa. Armar la ventana y los balcones con celosías de mallas apretadas para defender a la mujer de los galanes, y la puerta de robustos herrajes para defender la casa del saqueo, tal es la doble preocupación de los ciudadanos de España; los celos hacen la ventana y el miedo hace la puerta.

La mitad de la plaza mayor de Pamplona está ocupada en este momento, mejor dicho, invadida por un colosal andamiaje levantado para las corridas de toros que deben tener lugar de aquí a diez días, y traen removida la ciudad. Esta corrida durará cuatro días, del 18 al 22 de agosto. El primer día habrá una corrida de novillos; y el último día, un espada famoso en el país, Muchares, matará el toro.

El anfiteatro es cuadrado; cubre los bajos de dos lados de la plaza, cuyos balcones y ventanas serán, el día de la corrida, otros tantos palcos de primero y de segundo piso; los graneros serán el paraíso. Este teatro, pues lo es al fin y al cabo, está construido simplemente de tablones y maderos, con innumerables gradas, lo más groseras imaginables, y desde mis ventanas puedo distinguir la numeración de las tablas.

Añadid a este conjunto dos o tres diligencias desenganchadas y un cuerpo de guardia cuyo centinela se pasea por delante de la fonda, y tendréis el "paisaje" que se divisa desde mi ventana.

La casa de la ciudad de Pamplona es un elegante y pequeño edificio del tiempo de Felipe III. La fachada ofrece una curiosa muestra de un género de ornamentación propia del siglo XVII en España. Vense allí arabescos y volutas aplanadas de suerte que parecen cortadas por el sacabocados. Ya había visto una casa de este sistema en el

extraño y lúgubre pueblo de Leso. El frontón de esta casa de la ciudad está coronado de leones, de campanas y de estatuas que hacen un tumulto agradable a los ojos.

Lo que no me ha gustado menos, es la feria, que se celebra en este momento en una plazuela, precisamente frente a la casa de la ciudad. Los puestos al aire libre llenos de juguetes y fruslerías, los mercaderes llenos de palabras risueñas, los transeúntes codeándose, los compradores ocupados, todo aquel torbellino de gritos, risas, injurias y canciones que denominan una feria, tiene bajo el sol de España más rumor y alegría.

En medio de aquella multitud estaba de pie, arrimado a un pilar de la casa de la ciudad, un formidable mocetón de alta estatura. Sus anchos pies descalzos salían de sus calcetas encarnadas; una muleta de lana blanca con rayas granate le cubría la cabeza, le envolvía enteramente con sus esculturales pliegues, y no dejaba ver más que su semblante atezado de pómulos salientes, nariz cuadrada, mandíbulas angulosas, barbilla saliente y barbas negras y erizadas; cara de bronce florentino, con ojos de gato silvestre. En el centro de aquel ruido y movimiento, el hombre permanecía inmóvil, grave y taciturno. No era ya un español, sino un árabe.

A dos pasos de aquella estatua, un jocosos italiano, con antiparras en la nariz, mostraba algunos fantoches y dábale al tambor, cantando desde su tablado el antiguo estribillo de Polichinela, Fantoccini, buraccini, puppi, de la que hemos hecho en Francia el villancico: Le Pantalón de Toinon n'a pas d'fond.

Pantalón y el Salvaje se miraban sin comprenderse, como dos habitantes de dos lunas diferentes.

No hay medio de recorrer una feria, y aquella sobre todo, sin comprar. Yo me dejé llevar de la corriente, abrí la bolsa y envié a la fonda todo lo que me habían vendido.

A mi regreso, encontré sobre la mesa un fardo completo de buhonero: amuletos de Zaragoza de oro, plaqué y filigrana, ligas con divisas de Segovia, pilas para agua bendita de vidrio de Bilbao, lamparillas de hojadelata de Cauterets, una caja de cerillas químicas de Hernani, una caja de bastones resinosos que sustituyen las velas en Elizondo, papel de Tolosa, un cinturón de montañas del collado de Panticosa, un palo de boj herrado, alpargatas, y dos muletas de Pamplona que son de lana magnífica, de trabajo grosero y de gusto exquisito.

Aparte esa feria y algunas calles frecuentadas, Pamplona permanece triste y silenciosa todo el día. Pero desde que se pone el sol, desde que las ventanas y los faroles se alumbran, la ciudad se despierta, la vida se estremece por todas partes, la alegría resplandece, es una rumorosa colmena. Una banda de trompetas y tambores retumba en la Plaza Mayor; son las músicas de la guarnición que dan serenata a la ciudad. La ciudad responde. En todos los pisos, en todas las ventanas, en todos los balcones, se oyen cantos, voces, rumor de guitarras y de castañuelas. Cada casa suena

como un enorme cascabel. Añadid a esto los toques de oración de todos los campanarios de la ciudad.

Imaginaréis, tal vez, que ese conjunto es discordante, y que de todos esos confusos conciertos no emana otra cosa que una perfecta cencerrada. Os equivocaríais. Cuando una ciudad se convierte en orquesta, siempre sale de ella una sinfonía. El aire suaviza los tonos chillones, el espacio apaga los sonidos desafinados, todo se arregla en el conjunto, y el resultado es armónico. En pequeña escala sería un escándalo, en grande es música.

Esta música alegra a la población. Los niños juegan delante de las tiendas; los habitantes salen de las casas; la Plaza Mayor se llena de paseantes; los curas y los oficiales abordan a las mujeres con mantilla; las conversaciones se ocultan detrás de los abanicos; bajo los pórticos, los trajinantes persiguen a las maritornes; una suave claridad que viene de cien ventanas abiertas de par en par y vivamente iluminadas alumbran vagamente la plaza. La multitud va y viene y se cruza en aquella penumbra, y nada hay tan agradable como aquella discreta mezcla de bonitas caras entrevistas y de alegres risas sofocadas.

La libertad de los curas bajo este hermoso clima, nada tiene de escandaloso. Es una familiaridad que las costumbres admiten. No obstante, desde mi ventana, donde lo observo todo, oía a tres curas, cubiertos con sus prodigiosos sombreros y envueltos en sus holgadas capas negras, hablar delante de la fonda, y debo confesar que uno de ellos pronunciaba la palabra muchachas de una manera que hubiera hecho sonreír a Voltaire.

Hacia las diez de la noche, la plaza se vacía y Pamplona se duerme. Pero el rumor no se extingue en seguida, sino que se prolonga, y no termina con el sueño que empieza. Parece, durante las primeras horas, que el sueño vibra todavía con todas las alegrías de la velada.

A media noche el silencio es completo, y no se oye más que la voz de los serenos que cantan la hora, la cual, cuando estáis a punto de dormiros, estalla bruscamente en la torre vecina, luego se repite lejana y débil en otra torre al extremo de la plaza, luego va disminuyendo de campanario en campanario, y se desvanece entre las tinieblas.